

SANGRE

¡Dios mío, ayúdame! Mira como tengo mis manos, todas manchadas de sangre. Te juro que yo no quería, mi propósito era esperar otros quince días o más, pero hoy tuvo que ocurrir. ¿Por qué no fue dentro de un mes, de un año? Es como un accidente, te lo juro. Yo no hice nada para que sucediera. Y ya me ves, manchada, sudorosa, con un dolor interno que no cesa. ¿Por qué me tiene que suceder a mí todo esto? No he hecho nada para merecerlo. ¿No me digas que abandonar a Luís es una grave falta? No me era fiel, nunca lo fue. No me amaba, eso lo supe desde el principio pero tenía la esperanza que algún día lo hiciera. Yo ya estaba en paz conmigo misma, nunca como hoy había amanecido de tan buen humor, todo lo anterior lo había borrado de mi mente, como si nunca hubiera sucedido. Para mí todo era borrón y cuenta nueva, por eso olvidé que todo empezó cuando yo era casi una niña...No, ¡basta!, no quiero recordarlo. ¿Seré masoquista que siempre vuelvo al principio? Digo que olvidé y no es verdad. La sangre no se olvida tan fácilmente, será su color o su olor. Sangre al principio y sangre ahora. Es algo recurrente, como es el vicio. Qué asco, este líquido rojo se pega en las manos, lo que toco queda manchado, todos se van a enterar de lo que sucedió hoy. ¿Pero sucedió algo el día de hoy? ¿No serán figuraciones mías? A mí esto no puede pasarme. Pero ahí está. Primero brotó una gota, después otra y otra para formar un hilo, un chorro, una cascada. Sangre que va a inundar todo, mi cuerpo, el cuarto, la casa, la calle, la ciudad, el país, el continente, el mundo. Todo se hundirá en la sangre. Los ríos serán rojos, el mar será rojo, la nieve se teñirá de ese color igual que el campo, que los animales, las flores. Arterias y venas cual gigantescas serpientes arrojando sangre a chorros en todos lados. Sangre brotando de las fuentes, sangre lloviendo del cielo, sangre que tendremos que

respirar, que beber, que comer. Repito que no soy culpable, que si tengo sangre en mis manos es por un mero accidente, que yo no quise... ¡Por favor, entiéndanme, tengan compasión de mí! Soy una mujer joven, no hace mucho que cumplí los treinta años. Me falta mucho por vivir. Ustedes no deben juzgarme por este hecho. Soy inocente. ¡Inocente! Contéstame Dios, ¿es que nunca va a terminar de salir? Dime al menos como la detengo, ya no quiero más. Te confesaré como fue todo para que me entiendas. Saliendo de mi trabajo en lugar de venir a mi casa se me ocurrió ir a caminar al parque. La tarde estaba muy bella, no hacía ni frío ni calor. Ahí estaba Luis, con otra mujer. No me importó, yo ya había terminado hacía muchos días con él. Fingí no verlo. Di varias vueltas alrededor del lago viendo a los patos y a los niños que les arrojaban pedazos de pan. Yo le pedí a un niño un trozo para arrojarlo también. Me lo dio, le sonreí, él se fue. Con mi trozo de pan en la mano busqué al pato que estuviera más delgado, que tuviera más hambre. Uno gris fue el que me llamó la atención, nadaba separado de los demás, se me figuró que su mirada era triste. Lo llame de diversas maneras, diciéndole cosas, chiflándole, haciéndole señas, cantándole. Al fin se digno hacerme caso. Lentamente se fue acercando a la orilla donde yo estaba parada. Feliz me agaché para tratar de dárselo en el pico. ¿Se dirá pico tratándose de patos, o será boca? Lo voy a averiguar. Al agacharme fue que sucedió... Sentí como un golpe dado en el vientre y después la salida de una gota, de otra, de un hilo, de un chorro, de un torrente de sangre. Pero si hoy no me tocaba, me toca en quince días. Por qué siempre se me tiene que adelantar. Con las manos traté de tapar la hemorragia y así corriendo me vine a la casa. Mira mis manos, están llenas de sangre. Lo peor es que Luís se dio cuenta de todo, vio mis manos, mi vestido blanco manchado. Soy tan desgraciada.

Tomás Urtusástegui Septiembre 2005